

Mark Twain



Reflexiones  
contra la religión



Decimos que nuestro Dios es fuente de toda misericordia, pero sabemos perfectamente que no hay un solo caso auténtico en la historia en que Él haya mostrado esa virtud. Decimos que es fuente de toda moral, pero sabemos por Su historia y por Su conducta diaria que Él no tiene absolutamente nada que se parezca a la moral...

Obra apasionada sobre la naturaleza y el carácter de Dios, y la sinrazón y «pobreza inventiva» de la *Biblia*, Mark Twain no duda en afirmar que los actos de Dios revelan su naturaleza «injusta, avarienta, despiadada y vengativa».

Estas *Reflexiones...* de Mark Twain, quien murió en 1910, no fueron publicadas sino hasta 1963 —¡53 años más tarde! — por la fuerte oposición de su hija Clara a unos textos, parte de la autobiografía del autor, que ya entonces no eran políticamente correctos.

## ¡AY, LOS HEREDEROS POLÍTICAMENTE CORRECTOS!...

La historia de cómo estas reflexiones (parte de la *Autobiografía*) de Mark Twain (Samuel Clemens), sobre la religión en general y sobre el cristianismo en particular, llegaron al público sólo en 1963 es divertida y ejemplar. Es frecuente oír a los editores despotricar contra los herederos de un autor. En este caso, quien se opuso a la publicación desde la muerte del autor, en 1910, hasta 1963 —¡53 años!— fue su hija, Clara, temerosa de que ciertas personas (en particular la inefable reaccionaria Mary Baker Eddy) descargarán la ira mortífera de su cristianismo insobornable. En la primera biografía de Mark Twain, publicada en 1912, aparecieron algunos fragmentos adulterados y edulcorados por el autor, Albert Paine, albacea literario de Mark Twain. Bernard De Voto intentó publicar las reflexiones íntegras en 1940, pero Clara se opuso y De Voto acató.

En 1959, Charles Neider publicó su edición de la *Autobiografía* de Mark Twain y pidió permiso para incluir las reflexiones a Clara, entonces casada con Jacques Samosoud, un ruso que consideró semejante publicación como un apoyo a la antirreligiosa Unión Soviética. Le fue negado.

Pero, es claro: Clara era una *Christian Scientist*, la iglesia liderada por Mary Baker Eddy, de quien con tan poco respeto se había expresado su padre. Y Clara ya estaba viejecita y enferma. Su marido temía que se viera inundada por un aluvión de cartas fanáticas que la mataran.

Finalmente Clara levantó la veda cuando hizo públicos otros inéditos de su padre, sólo en 1960. Neider publicó las *Reflexiones contra la religión* en el número de Otoño de 1963 de *The Hudson Review*. Hasta hoy no ha habido otra edición de este texto: se lo considera blasfemo.

Mark Twain dictó estas reflexiones en una casa de campo, como parte de su autobiografía. Al parecer dictaba dando zancadas a lo largo de la varanda o hamacándose en su sillón preferido. Si llovía, daba zancadas en el salón de esa cómoda vivienda.

Lo que no se sabía, al parecer, es que el propio Mark Twain no las tenía todas consigo. Tan poco las tenía consigo que inscribió, de su puño y letra en el margen de uno de los capítulos: «Para no ser visto por ojo humano antes de la edición de 2406 AD. S. C.», es decir: ¡medio milenio de autocensura!

Y sin embargo la gente no ignoraba la actitud filosófico-humorística de Mark Twain con respecto a estas cosas. Me limitaré a citar algunos párrafos de su correspondencia.

«¿Por qué fue creada la raza humana? O por lo menos, ¿por qué no se creó algo más digno de crédito en su lugar? Dios tuvo su oportunidad. Habría podido forjarse toda una reputación. Pero no: va y tiene que cometer esta locura grotesca —una juerga que debe de haberle costado uno o dos remordimientos cuando se lo volvió a pensar y observó sus efectos.» (A William Howells - 25 de enero de 1900).

«Me gustaría aprender a no olvidarme de que acusar a la raza humana de uno cualquiera de sus actos es injusto y poco honroso. Porque ella no se hizo a sí misma, no creó su propia naturaleza, no es sino una máquina, movida enteramente por influencias externas, nada tuvo que ver en la creación de estas influencias externas ni en la elección de las que aceptaría de buen grado y las que rechazaría. Su funcionamiento es totalmente automático. No tiene más dominio ni autoridad sobre su mente de los que tiene so-

bre su estómago, el cual recibe material de afuera y hace lo que quiere con él, y ni hablemos de sus órdenes; de manera que, cualquier cosa que haga la máquina —también los llamados crímenes e infamias—, es el acto personal de su Hacedor, y Él, Él solo, es responsable.» (A Joseph Twitchell - 4 de noviembre de 1904).

«Me gusta su lista (de “los grandes hombres que tuvieron la mayor influencia visible en la vida y actividad de la raza humana”):».

La «mayor influencia visible».

«Estos términos lo obligan a usted a incluir a Jesús. Pues por partida doble o triple lo obligan a incluir a Satán. Del año 350 a 1850 estos caballeros tuvieron una influencia inmensamente superior sobre una quinta parte de la humanidad de la que tuvieron sobre la misma todas las otras personas juntas. Noventa y nueve por ciento provino de Satán, el resto de Jesús. Durante esos 1500 años el miedo a Satán y al Infierno hizo 99 cristianos ahí donde el amor a Dios y al Cielo hizo apenas uno. Durante esos 1500 años la influencia de Satán valía alrededor de cien veces más para el negocio que la influencia del resto de la entera Sagrada Familia.» (28 de agosto de 1908).

La realidad es que las *Reflexiones contra la religión* no eran, ya entonces, políticamente correctas. Ni parecen serlo hoy: los lectores se las pasan como un texto maldito, como si fueran un vídeo porno sobre un personaje público, como si contuvieran una droga peligrosa. *Las flores del mal*, de Baudelaire, gozan del privilegio de que ninguna iglesia les haya conferido la noble categoría de libro satánico.<sup>[1]</sup> En la estantería de «textos infernales» de una biblioteca digna de tal nombre, sin embargo, las *Reflexiones* de Mark Twain deberían codearse con la obra de Baudelaire. Consejo de editor.

Mario Muchnik

# REFLEXIONES CONTRA LA RELIGIÓN

## Martes, 19 de junio de 1906

**N**uestra *Biblia* nos revela el carácter de nuestro Dios con exactitud minuciosa y cruel. Se trata claramente del retrato de un hombre —si es que un hombre tan cargado y sobrecargado de impulsos cuya maldad va más allá de todo lo humano es imaginable en un personaje ahora que Nerón y Calígula están muertos— con quien quizá nadie desearía alternar. En el *Antiguo Testamento* sus actos revelan una y otra vez Su naturaleza vindicativa, injusta, avarienta, despiadada y vengativa. Siempre castiga —castiga delitos insignificantes con una severidad mil veces superior; castiga a niños inocentes por la culpa de sus padres; castiga a poblaciones inofensivas por las culpas de sus gobernantes; y llega a rebajarse y desencadenar venganzas sangrientas sobre terneras y ovejas y cabras y bueyes inocuos, castigándolos por las transgresiones de poca monta de sus propietarios. Quizá nunca se haya puesto en tipos de imprenta una biografía más lapidaria. En comparación, Nerón es un ángel de la luz y una guía.

Todo comienza con una inexcusable traición que da la tónica para toda la biografía. Por lo malvado y pueril, este comienzo ha de haber sido inventado en una guardería de piratas. A Adán se le prohíbe el fruto de cierto árbol, informándosele solemnemente que si desobedece morirá. ¿Cómo es posible haber pensado impresionar a Adán de ese modo? De hombre, Adán sólo tenía la estatura: por sus conocimientos y experiencia, en nada superaba a un bebé de dos años; no podía tener ni idea del significado de la pala-

bra «muerto»; no había oído decir nunca que algo estuviera muerto. La palabra no podía querer decir nada para él. Si se le hubiera advertido al niño Adán que, de comer la manzana, se convertiría en un meridiano de longitud, la amenaza habría sido la misma, pues en ninguno de los dos casos podía comprender su significado.

Con toda confianza habríamos podido afirmar que el mismo intelecto que pergeñó la memorable amenaza la supliría con otras banalidades y otras nociones baratas de justicia y ecuanimidad. Y bien, eso es precisamente lo que ocurrió. Se decretó que todos los descendientes de Adán, hasta el último día, pagarían por las transgresiones a esa ley de guardería con que fue fulminado el bebé en pañales. Durante miles y miles de años su descendencia, individuo por individuo, ha sido presa de caza, acosada por mil calamidades en castigo por esa fechoría juvenil que, grandilocuentemente, se llama el Pecado de Adán. Y a lo largo de ese vasto lapso no han escaseado rabinos, ni papas, ni obispos, ni curas, ni párrocos, ni esclavos laicos para aplaudir la infamia, sostener su justicia y rectitud intachables y alabar a su Autor en términos tan grosera y extravagantemente aduladores que nadie, sino un Dios, sería capaz de escucharlos sin esconder la cara y sumirse en el disgusto y la turbación.

Encallecidos por una larga experiencia de adulaciones, ni siquiera nuestros potentados orientales serían capaces de tolerar la refinada adulación que nuestro Dios recibe complacido y satisfecho, tal como se vuelca de nuestros púlpitos cada domingo.

Decimos desfachatadamente que nuestro Dios es fuente de toda misericordia, pero sabemos perfectamente que no hay un solo caso auténtico en la historia en que Él haya mostrado esa virtud. Decimos que es fuente de toda moral, pero sabemos por Su historia y por Su conducta diaria, tal como la perciben nuestros sentidos, que Él no tiene absolutamente nada que se parezca a la moral. Lo llamamos Pa-

dre, sin escarnio, pero detestaríamos y denunciaríamos a un padre terrenal que infligiera a su hijo la milésima parte de los dolores y miserias y angustias que Él dispensa a sus hijos cada día, y que ha venido dispensando cada día a lo largo de todos los siglos desde que tuvo lugar el crimen de crear a Adán.

Nos manejamos con una curiosa y cómica mezcla de ideas acerca de Dios, Lo dividimos en dos, hacemos bajar una mitad a un oscuro e infinitésimo rincón del mundo para que otorgue la salvación a una pequeña colonia de judíos —y sólo de judíos, de nadie más—, y dejamos la otra mitad entronizada en el cielo, mirando hacia abajo, anhelante y ansiosa esperando resultados. Reverentemente estudiamos la historia de la mitad terrenal y, con todo aplomo, deducimos que la mitad terrenal se ha reformado, que está dotada de moral y de virtudes y que en nada se parece a la mitad malvada que mora, abandonada, en el trono. Concebimos la mitad terrenal como justa, misericordiosa, caritativa, benévola, clemente y llena de simpatía por los sufrimientos de la humanidad, y deseosa de eliminarlos. Es como si dedujésemos su carácter no mediante el examen de los hechos, sino haciendo todo lo posible por no buscarlos, rehusando medirlos y pesarlos. La mitad terrenal nos exige ser misericordiosos, y nos da el ejemplo inventándose un lago de fuego y azufre en el que todos quienes rehusemos reconocerlo y adorarlo como Dios nos consumiremos para siempre. Y no sólo *nosotros*, a quienes se nos fijan estas condiciones, nos consumiremos quemados si no las cumplimos, sino que sufrirán este destino atroz también los miles de millones de seres humanos que vinieron antes, aunque nunca hayan oído hablar de Él ni hayan llegado a conocer las condiciones. Semejante muestra de generosidad sólo puede ser calificada de magnífica. Nada se le aproxima, ni entre los salvajes ni entre las fieras de la selva. Se requiere de nosotros que sepamos perdonar a nuestro hermano setenta veces siete, y que nos demos por satisfechos y contentos

en nuestro lecho de muerte si, al cabo de una vida piadosa, escapa nuestra alma del cuerpo antes de que el cura se precipite para proveerla de un pase mediante barboteos y velas y conjuros. También este ejemplo de clemencia puede calificarse de magnífico.

Se nos dice que las dos mitades de nuestro Dios están divididas e inconexas sólo en apariencia; que en realidad las dos son una, igualmente poderosa pese a la separación. Siendo así, la mitad terrenal —que llora por los sufrimientos de la humanidad y querría eliminarlos, y que está perfectamente capacitada para hacerlo en el momento que le plazca—, se satisface devolviéndole la vista a uno que otro ciego, y no a todos los ciegos; curando a uno que otro tullido, y no a todos; proveyendo una comida a cinco mil hambrientos, mientras que los millones de hambrientos siguen hambrientos. Y a todo ello, exhorta al ineficiente ser humano a curar estos males que Dios mismo le ha infligido y que Él podría hacer desaparecer con una palabra, si así lo quisiera, cumpliendo de ese modo un deber desatendido desde el principio y que seguirá desatendido por siempre jamás. Evidentemente lo consideró signo de bondad. Si lo fuera, no fue justo restringirlo a media docena de personas. Habría debido volver a la vida a todos los muertos. Yo, personalmente, no lo haría, pues para mí los muertos son los únicos afortunados —sólo lo menciono al pasar como una de esas curiosas incongruencias de que nuestra historia bíblica está llena.

Si bien el Dios del *Antiguo Testamento* es un ser temible y repelente, por lo menos es coherente. Es franco y habla claro. No presume de moral o virtud alguna, más que con la boca. Nada se traduce en sus actos. Creo que es infinitamente más merecedor de respeto que Su yo reformado tal como lo describe, con todo candor, el *Nuevo Testamento*. Nada hay en la historia —ni en toda Su historia junta— que remotamente se acerque a la atrocidad de la invención del Infierno.

Su ser Celestial, su ser del *Antiguo Testamento*, en comparación con Su ser Terrenal reformado, es la encarnación de la dulzura y de la delicadeza y la respetabilidad. En el Cielo no reivindica el menor mérito, ni lo tiene —sino de labios afuera—; mientras que en la tierra reivindica todos los méritos del catálogo de méritos, íntegro, aunque no los lleva a la práctica sino de cuando en cuando, y ello con tacañería, terminando por conferirnos el Infierno, con lo que borra de un plumazo todos sus méritos ficticios, de una vez.

## Miércoles, 20 de junio de 1906

Las *Biblias* tienen uno o dos defectos curiosos. Todas ellas se caracterizan por una patética pobreza inventiva. Éste es uno de sus defectos llamativos. Otro defecto es que cada una pretende ser original, cuando ninguna lo es en la menor medida. Cada una le pide algo prestado a las demás, sin citarlas, lo cual es de por sí un acto claramente inmoral. Cada una le confisca los viejos decorados en decadencia a las otras, y con ingenuo aplomo los presenta como flamantes inspiraciones de lo alto. Le pedimos prestada a Confucio su Regla de Oro, después de que hubiera servido durante siglos, y le ponemos nuestro *copyright* sin sonrojarnos. Cuando nos hace falta un Diluvio, nos remontamos a la antigua Babilonia y lo cogemos, y nos quedamos tan orondos y satisfechos como si realmente hubiera valido la pena. Lo admiramos y lo veneramos todavía hoy, y sostenemos que nos vino directamente de la boca de la Deidad, cuando en realidad sabemos que el Diluvio de Noé nunca ocurrió ni pudo ocurrir. El Diluvio es un tema predilecto de quienes hacen *Biblias*. Cuando una *Biblia* —o una tribu de salvajes— carece de un Diluvio Universal, es porque el sistema religioso carente del mismo no tenía a mano ninguna fuente a la que pedirlo prestado.

Otro gran tema predilecto de los autores de literatura religiosa y de los fundadores de religiones es la Inmaculada Concepción. Gastada hasta la trama ya antes de que la adoptáramos como idea novedosa, la admiramos tanto hoy como su inventor cuando la gestó hace un millón de años.

Eras atrás la apreciaban los hindúes, cuando Krishna fue obtenido por el Inmaculado método. Los budistas fueron felices cuando Gautama fue obtenido por el mismo procedimiento hace dos mil quinientos años. Por la misma época los griegos gozaban la mar cuando su Ser Supremo bajaba con Su gabinete para repoblar Grecia con párvulos mitad hombre y mitad dios. Los romanos le pidieron prestada la idea a los griegos y fueron dichosos con los productos inmaculadamente concebidos por Júpiter. A nosotros la Inmaculada Concepción nos vino directamente del Cielo, vía Roma. Y seguimos encantados con ella. Hace un par de semanas, cuando un religioso episcopal de Rochester tuvo que comparecer ante el comité directivo de su iglesia para justificarse por haber insinuado que no creía que el Salvador hubiese sido milagrosamente concebido, el reverendo Dr. Briggs, que quizá sea el religioso de mente más osadamente abierta en los pulpitos americanos, salió en defensa de la Inmaculada Concepción con un artículo en la *North American Review* y a juzgar por el tono es evidente que estaba seguro de haber zanjado la espinosa cuestión de una vez por todas. Su punto de vista era que no se podían abrigar dudas sobre el tema, pues la Virgen María sabía que el asunto tenía autenticidad puesto que se lo dijo a ella el Ángel de la Anunciación. Además, debió ser cierto puesto que Judá —otro hijo de María, éste nacido de tálamo— aún vivía y frecuentaba a los secuaces de la iglesia primitiva muchos años después de los hechos, sosteniendo decididamente que, en efecto, se trató de un caso de Inmaculada Concepción; o sea que debía de ser cierto puesto que Judá era de la familia y debía estar enterado.

Si hay algo más divertido que la doctrina de la Inmaculada Concepción son los extraños razonamientos con que gentes ostensiblemente inteligentes se persuaden de que lo imposible queda demostrado.

Si se le pidiera al Dr. Briggs que creyera en el procedimiento inmaculado tal como fue usado con Krishna, Osiris,

Buda y los demás de la tribu, diría no, gracias, y probablemente quedaría ofendido. Si se lo presionara diría probablemente que es pueril creer en cosas garantizadas meramente por el testimonio humano: aunque la humanidad entera hubiera presenciado un caso de Inmaculada Concepción nadie podría decir exactamente cuándo tuvo lugar ni si realmente tuvo lugar. Y sin embargo, este hombre inteligente, con la mente provisionalmente enturbiada, es perfectamente capaz de creer en un imposible cuya autenticidad descansa por entero en un testimonio humano, el testimonio de un solo ser humano, el de la misma Virgen, testigo nada desinteresado sino al contrario; testigo incapaz de haber conocido el hecho como hecho sino habiéndose enterado de todo lo que creía saber de ello de segunda mano —la segunda mano de un extraño, supuestamente ángel, que pudo quizá haber sido un ángel pero que pudo también haber sido un recaudador de impuestos. No es probable que hubiera visto nunca un ángel, ni que conociera sus señas de identidad. Era un forastero. No traía credenciales. Sus pruebas no valían nada para ningún otro miembro de la comunidad. Nada valen hoy para nadie, salvo para mentes como la del Dr. Briggs, mentes que perdieron la lucidez de tanto rumiar absurdidades con el piadoso deseo de desentrañar algo cuerdo y racional. La Inmaculada Concepción depende de la declaración de un único testigo— un testigo cuyo testimonio carece de valor—, un testigo cuya existencia misma reposa únicamente sobre la afirmación de una joven campesina a cuyo marido había que apaciguar. El testimonio de María lo dejó tranquilo, pero eso le pasó por vivir en Nazareth en lugar de vivir en Nueva York. Ningún carpintero neoyorquino tomaría a la par ese testimonio. Si la Inmaculada Concepción pudiera repetirse hoy en Nueva York no habría hombre, mujer o niño de esos cuatro millones de habitantes que se lo creyera —salvo quizá algunos chiflados feligreses de los *Christian Scientists*. Una persona capaz de creer en la Madre Eddy no tendría problemas con

una Inmaculada Concepción, ni con seis de ellas puestas en fila. La Inmaculada Concepción no tendría éxito hoy en Nueva York. Produciría risa, no reverencia ni adoración.

Quien no cree en ella la ve como una invención de las más pueriles. Solamente a un dios se le podía ocurrir que la Inmaculada Concepción fuera una providencia amplia e ingeniosa y llena de dignidad. Solamente a un dios se le podía ocurrir que un Hijo divino obtenido mediante relaciones promiscuas con una familia campesina de pueblo podía mejorar la pureza del producto —empero ésa es, precisamente, la intención. El producto adquiere pureza— pureza absoluta, pureza sin mancha, mediante la grosera violación de las leyes humanas y divinas, tal como las expresan la constitución y los estatutos de la *Biblia*. Así la religión cristiana, que requiere que todos seamos morales y obedezcamos las leyes, tiene su propio punto de partida en la inmoralidad y en la desobediencia de la ley. Mediante la Inmaculada Concepción no se podría purificar ni a un gato.

Según parece el decorado sigue siendo útil, sigue funcionando, doblegado por la edad y agotado por haber trabajado tanto. Es un caso más del «concibió»: Fulano concibió a Krishna, Krishna concibió a Buda, Buda concibió a Osiris, Osiris concibió a las deidades babilónicas, éstas concibieron a Dios, Él concibió a Jesús, Jesús concibió a la señora Eddy. Si ésta quiere continuar el linaje y llevar a cabo su lote de concepción, ha de poner manos a la obra pues ya tiene los años de una antigualla.

Hay una cosa notable en nuestro cristianismo: por malo, sangriento, despiadado, ávido de dinero y depredador que sea —particularmente en nuestro país y, en grado algo distinto, en los demás países cristianos—, sigue siendo cien veces mejor que el cristianismo de la *Biblia*, con su prodigioso crimen: la invención del Infierno. Según los criterios del cristianismo de hoy, por malo que sea, por hipócrita que sea, por vacío y hueco que sea, ni la Deidad ni Su Hijo son cristianos, ni están calificados para ocupar ese puesto